

¿DIÁSPORAS CARIBEÑAS?

Mireya Fernández M.*
ESCUELA DE IDIOMAS MODERNOS, UCV
UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID

Resumen:

La región del Caribe ha sido un espacio receptor de migraciones desde los tiempos de la conquista y colonización. A partir de finales del siglo XIX, luego de la abolición de la esclavitud y de los movimientos independentistas, se dio inicio al desplazamiento de miles de personas desde las islas del archipiélago hacia las antiguas metrópolis imperiales y las grandes ciudades norteamericanas. Durante la pasada centuria y luego de terminada la Segunda Guerra Mundial, el movimiento migratorio se intensificó considerablemente. Se comienza a hablar del fenómeno de las diásporas caribeñas. Sin embargo, no todos los estudiosos del tema aceptan caracterizar a estos grupos a partir de este concepto. En este trabajo nos proponemos demostrar la validez de definir estos grupos como diásporas analizando la historia de estas comunidades y su asentamiento en los Estados Unidos, específicamente en la ciudad de Nueva York, partiendo de la definición que ofrecen diversos autores como J. Clifford, 1994; P. Gilroy, 1993; S. Hall, 1990; W. Safran, 1991; G. Sheffer, 2003; K. Tóloíyan, 1991, 1996; N. Van Hear, 1998.

Palabras claves: Diáspora, conciencia diaspórica, identidad, espacio, desplazamiento.

Caribbean cosmopolitanism has since de nineteenth century included New York as one of the main stations of its metropolitan trajectories, but now with the 'Caribbeanization' and 'Latinization' of the Big Apple, the continuous transit of Caribbean islanders has created a transinsular territory between the basin and the north continent. Agustín Laó-Montes (2001)'.

EL CARIBE, ESPACIO DE MIGRACIÓN

La historia del Caribe ha estado marcada por el desplazamiento. Sus pobladores originales, los indios arahuacos y caribes, provenían de tierra firme. Luego, con los viajes de exploración y conquista del navegante genovés, de la colonización de las islas por los viejos imperios europeos por más de trescientos años, gente de Europa, de África, de la India y el Oriente lejano se sumaron en calidad de amos y señores, de esclavos o de trabajadores por contrato. Desde el siglo XVI, la región ha sido receptáculo de millones personas que, de manera forzada o voluntaria, hicieron de estas tierras su nuevo hogar.

* mireyafernandez2002@yahoo.com

¹ "Desde el siglo XIX, el cosmopolitismo caribeño ha incluido a Nueva York como uno de los principales destinos en su viajes a las metrópolis, pero ahora, con la 'caribeñización' y latinización' de la Gran Manzana, el tránsito continuo de los antillanos ha creado un territorio transinsular entre la cuenca y el norte del continente" (Traducción de la autora del texto).

Sin embargo, en la pasada centuria, la cuenca se convierte en un espacio generador de nuevos movimientos migratorios. Huir de las limitaciones económicas o de las persecuciones políticas son las principales razones que empujan a los caribeños a abandonar el espacio insular para aventurarse en tierra extranjera. Es así como el Caribe² ha trascendido sus fronteras geográficas e invadido con sus costumbres y tradiciones las ciudades cosmopolitas de Europa y Norteamérica. El mapa cultural de esos lugares ha sido modificado por los ritmos y los sabores, los aromas y las creencias que los emigrantes de las islas llevan consigo como equipaje cultural. The Notting Hill Carnival en Londres, la festividad de Caribana en las calles de Toronto, los barrios de Little Havana en Miami o de Washington Heights y Lozaida en Nueva York, son ejemplo de los alcances del rizoma caribeño (Glissant, 2002). Los procesos de hibridación característicos de esta región trascienden el espacio insular y encuentran en el territorio continental tierra fértil para echar raíces.

Las distintas comunidades antillanas fuera de las islas dejan sentir su presencia despertando el interés de aquellos investigadores interesados en esta parte del mundo quienes observan cómo su objeto de estudio se encuentra en franca expansión. Ya no es sólo el espacio insular y continental que bordea el mar Caribe lo que atrae la atención de los estudiosos de las ciencias sociales y de las humanidades. En las últimas décadas, sociólogos, historiadores y críticos literarios han mirado de cerca el desarrollo de estos grupos que fundan los emigrantes y exiliados del archipiélago en las metrópolis; en otras palabras, el crecimiento y consolidación de las diásporas caribeñas.

El desplazamiento de esta población no es un fenómeno reciente. Desde finales del siglo XIX, hombres y mujeres comenzaron a abandonar la región por motivos diversos. En las islas del Caribe anglófono el viaje representó una vía para mostrar la recién adquirida libertad de los esclavos liberados quienes emigraban para trabajar en otros países de la cuenca: a Panamá, en la construcción del canal; a Cuba, en los centros azucareros; a Costa Rica, en las plantaciones de bananos (Chaney, 1987). En esos mismos años, la migración desde el Caribe hispanohablante estuvo motivada por la disidencia política y los movimientos de emancipación en las islas de Cuba y Puerto Rico. Las figuras de los grandes pensadores antillanos del siglo XIX, Martí, Hostos, Betances, desdibujan la presencia no menos importante y mucho más numerosa de obreros y tabaqueros que se empleaban en las fábricas de Nueva York (Mirabal, 2001). Pero es en la

² Compartimos la acepción que asume la Asociación de Estados del Caribe (AEC) para definir la región como Gran Caribe: el conjunto de islas y países continentales que limitan el mar, desde México hasta las Guyana francesa. Por razones metodológicas, en este trabajo nos limitamos al estudio de la migración desde las insulas y, de manera particular, desde las islas anglófonas e hispanohablantes; la presencia de estas diásporas en las metrópolis, específicamente en los Estados Unidos.

segunda mitad del pasado siglo cuando el flujo aumenta de manera vertiginosa y la cifra de antillanos fuera de la región compite con el número de aquellos que permanecen en ella. Los caribeños de las islas anglófonas se desplazan en un primer momento hacia Inglaterra y, tras su emancipación del imperio inglés, reorientan su destino hacia los Estados Unidos, como la mayoría de los antillanos hispanohablantes. Luego de varias décadas y al margen de la resistencia o exclusión hacia los extranjeros, la huella de estos grupos se ha consolidado en las sociedades receptoras. La presencia de estas comunidades fuera de la cuenca despierta la reflexión de los estudiosos del fenómeno, quienes se interrogan acerca de la validez de denominar a estos grupos con el nombre de diáspora.

ALCANCES Y LIMITACIONES DEL TÉRMINO

La misma palabra diáspora ha sido tema de amplia discusión en el medio académico. El aumento vertiginoso de este fenómeno social, su visibilidad a través de los medios de información, propagó el uso del término. En opinión de los expertos, el concepto ha sido empleado de manera laxa, inclusive por parte de los especialistas, desdibujando su significado. Su popularidad ha transitado el camino recorrido por otros vocablos de moda dentro de la academia: el desgaste significativo en detrimento de su especificidad conceptual. El potencial de describir, evaluar y explicar el fenómeno se pierde en la medida en que su alcance original se expande más allá de los límites reconocibles. La lectura sobre el tema revela el interés de los investigadores por superar este obstáculo, definir las características comunes a las diásporas y con ello establecer una tipología. Son muchos los autores que han contribuido con la discusión: J. Boyarin y D. Boyarin (2002), J. Clifford (1994), P. Gilroy (1993), S. Hall (1990), W. Safran (1991), G. Sheffer (2003), K. Tölölyan (1991, 1996), N. Van Hear (1998), entre otros. Es posible rescatar de los distintos planteamientos un conjunto de rasgos que ayudan a la definición del término: el desplazamiento de personas o de sus antepasados fuera de su lugar de origen; la conexión que mantienen con ese espacio, real o imaginado, cuya consecuencia directa es la idealización de esa tierra, de su gente y de su historia; la relación no exenta de conflicto que establecen con la sociedad receptora; su asentamiento en esos espacios por más de una generación; el nacimiento y consolidación de una conciencia de identidad en relación con el lugar de origen; los procesos de hibridación cultural que surgen del contacto entre las diferentes comunidades.

La experiencia de las diásporas se mueve entonces entre dos tiempos y dos espacios: el tiempo de la acción y el tiempo de la memoria, el espacio habitado y aquel otro que se ha dejado atrás. La conciencia *por el lugar* se superpone a la conciencia *en el lugar* (Santos, 2000; énfasis en el texto original). En otras palabras, el grupo se alimenta de los recuerdos de un tiempo y un espacio anterior y

de las experiencias que rodean el momento y el lugar donde vive. Los sujetos que nacen o crecen dentro de este tipo de comunidad se ven expuestos tanto a la herencia del pasado como a las circunstancias moldeadoras del presente (Isaac, 1989). Esta doble relación alimenta la formación del nuevo grupo e influye en su delimitación y caracterización. En este punto de la reflexión, podemos retomar la pregunta: ¿es posible denominar a los diferentes grupos de caribeños fuera de la cuenca como diásporas?

LAS DIFERENTES PERCEPCIONES

Ciertamente, la definición ha sido empleada en distintos trabajos de las ciencias sociales o de las humanidades para referirse a las comunidades de antillanos que habitan fuera del archipiélago. Kim Butler, por ejemplo, se refiere específicamente a la diáspora cubana para ejemplificar el papel de la geografía como instrumento epistemológico al momento de describir la estructura interna de este fenómeno (2001). El trabajo de Jorge Duany (2002) sobre la identidad de los boricuas y su nacionalismo cultural incluye a aquellos isleños que emigraron y se establecieron en los Estados Unidos, y su papel en el cuestionamiento de los paradigmas tradicionales que han definido la identidad insular. La publicación *Literatura dominicana en los Estados Unidos. Historia y trayectoria de la diáspora intelectual* (2004), que reúne ensayos de Franklin Gutiérrez, Marianela Medrano, Héctor Amarante y Pedro Antonio Valdez sobre la experiencia escritural de autores de origen dominicano en Nueva York, ofrece una breve y sencilla historia de la migración desde la República Dominicana y el desarrollo de su literatura en el país del norte. Ambos trabajos caracterizan a estas comunidades caribeñas fuera de sus fronteras como diásporas.

El empleo de esta definición por parte de académicos de reconocida trayectoria no borra la posición de otros especialistas que se interrogan sobre su pertinencia. Es el caso de Harry Goulburne y de Robin Cohen quienes, pese a adoptarla, se preguntan hasta qué punto es válido su uso para referirse a esa parte de la población caribeña asentada en suelo extranjero, así como se emplea para hablar de una diáspora judía, india, china o africana (Goulburne, 2002); o si realmente es posible considerar a los antillanos en el exterior de la región como una nueva diáspora cultural, postcolonial e híbrida (Cohen, 1997).

Ambos autores señalan aquellos aspectos que niegan la posibilidad de concebir estas comunidades como diásporas, desde la perspectiva de quienes rechazan tal denominación. El primer argumento en contra nace de concebir el archipiélago como un espacio fragmentado, sin coherencia interna, que responde a la historia colonial de enfrentamientos entre los imperios europeos durante cuatro siglos, cuya consecuencia visible ha sido la existencia de barreras culturales y

lingüísticas que separan a las islas. Es posible hablar de un Caribe anglófono, otro de expresión francesa u holandesa y de un Caribe hispanohablante. Esta diversidad interna se acentúa con la presencia de otros grupos no europeos: los descendientes de africanos que llegaron con la trata de esclavos, quienes representan la gran mayoría de la población; indios de la península de Indostán, así como otros grupos provenientes de Asia y el Medio Oriente. A esta observación se suma que los pobladores precolombinos provenían a su vez de tierra firme, lo que conduce a ver el Caribe como un espacio cuya población tiene su origen en distintos continentes: América, África Occidental, Asia y Europa. En consecuencia, surge el cuestionamiento sobre la existencia de una diáspora propiamente caribeña, pues las sociedades de inmigrantes son concebidas como puntos de llegada y no de partida, lugares para renovar una colectividad y no como nuevos espacios de disolución, migración y dispersión (Cohen, 1997). La imagen de un estado-nación único o de una sola comunidad originaria que reúna a todos los emigrantes de las islas no existe; se duda entonces de bautizar a la población dispersa fuera de la cuenca con el nombre de diáspora caribeña.

Esta primera dificultad que nace de la propia caracterización del Caribe se proyecta sobre aquellos grupos asentados fuera del espacio insular. Así como es posible hablar de la existencia de varios Caribes dentro del archipiélago se puede observar un Caribe anglo, franco e hispanohablante en Europa; de igual manera, encontrar comunidades de Haití, de Cuba, de República Dominicana o de Barbados en Canadá y los Estados Unidos. Este aspecto conduce a aseverar que el Caribe en el exterior es plural y que mira hacia distintas partes del mundo. Dados los diversos orígenes de las comunidades que se asentaron dentro de la región, sus habitantes, de encontrarse en condición de emigrar, volverían entonces a aquellas primeras tierras de origen. África, Europa o la India representarían el espacio mítico adonde se ansía regresar. La vuelta sería vista como el retorno a casa y no como el arribo de una diáspora caribeña. Goulburne (2002) presenta el caso de la población blanca que regresó a Inglaterra en la década de 1950 y fue reconocida como inglesa, inclusive sus descendientes, pese a haber nacido en las lejanas islas del trópico. También ofrece los ejemplos de los sujetos de origen surasiático que se desplazaron hacia el Reino Unido desde las Antillas y se encuentran en proceso de ser asimilados a las comunidades de aquel continente. Un último ejemplo lo constituye la población caribeña descendiente de los antiguos esclavos que emigró en esos mismos años hacia Inglaterra y que ha sido responsable del desarrollo de una definición de la diáspora africana. Para estos últimos, reconocerse como caribeños significa reivindicar el lugar de origen de los antiguos esclavos.

Otro elemento introducido en la discusión es la mezcla de la población caribeña en Gran Bretaña con otras comunidades, específicamente con blancos europeos, lo que origina un cambio en su reasignación racial. A esta restricción

el propio Goulburne responde que si bien las poblaciones pueden cambiar físicamente —aspecto que posiblemente ocurra con los antillanos en Inglaterra dentro de cinco o más décadas— ello no significa que se borre su identidad cultural. Las poblaciones cambian su composición con el tiempo y la continuidad en un lugar geográfico tampoco garantiza la semejanza. El caso de los judíos es un ejemplo claro de lo expuesto, pues son sus creencias y prácticas religiosas las que han mantenido su identidad colectiva. Esta consideración es válida también para la diáspora africana cuyas mezclas poco tienen que ver con África, lo que lleva al autor a afirmar que, pese a los posibles cambios físicos entre los caribeños en Gran Bretaña, es posible conservar el sentido de pertenencia a la región, partiendo siempre de la premisa anunciada anteriormente: caracterizar lo caribeño como africano. Lo manifestado conduce a considerar como problemática la definición de diáspora caribeña. Goulburne sugiere que ésta debe entenderse como una comunidad en formación, como una nueva faceta de una diáspora mayor, principalmente la africana, dentro del contexto de la estructura social en el mundo atlántico.

La reticencia se observa igualmente en el estudio realizado por Robin Cohen (1997) sobre estas comunidades. El autor menciona, entre los argumentos que señalan los adversos, el reto que significa reconocer el grado en que la población emigrante pudiera crear, reproducir y afirmar una identidad caribeña en los espacios donde se han asentado los diferentes grupos, si su propia condición en las islas es una condición híbrida. Pese a esta restricción, Cohen plantea la existencia de una diáspora cultural caribeña con una historia común producto de la esclavitud y del régimen de plantación, marcada por el fenotipo del negro, pese a la exogamia, lo que le da visibilidad y la marca con el estigma racial. A estos aspectos básicos suma otras cuatro características para clasificar a los antillanos como una diáspora cultural:

1. Afirmación o retención de rasgos de la identidad africana que se revelan en el folclore, la música, los ritmos, las prácticas religiosas, el arte popular. La elite intelectual y política del Caribe ha buscado valorar esta herencia negada durante el período colonial y definir las continuidades culturales e históricas entre africanos del continente y los de la diáspora. Esta tendencia se ha observado en las reflexiones y trabajos de intelectuales y escritores caribeños tanto dentro como fuera de las islas.
2. Interés real o simbólico de regresar a la madre África. Crear un destino común a todos los africanos y sus descendientes y lograr un regreso definitivo a ese continente ha sido, en ciertos momentos, el ideal de movimientos políticos o sociales que nacen dentro del Caribe o que han sido ideados por caribeños. Entre los ejemplos más resaltantes se encuentran el *Universal Negro Improvement Association* (UNIA) de Marcus Garvey, que cobra vida en los Estados Unidos y se expande a América Central y las islas anglófonas a co-

mienzos del pasado siglo; y el *rastafarianismo* que une la conciencia africana a las creencias bíblicas y alcanza amplia difusión con Bob Marley y su producción musical.

3. Expresiones o productos culturales que muestren el cruce de influencias entre África, el Caribe y los países de destino. Es el caso de la narrativa de escritores como Caryl Phillips y Samuel Selvon o el trabajo teórico de Paul Gilroy sobre una conciencia diaspórica que se ha formando alrededor del espacio triangular que une África, el Caribe, América y Europa.
4. Actitudes que muestren que la gente del Caribe en el exterior se comporta de manera consistente con su condición de diáspora cultural. El caso concreto de la edición del *Weekly Gleaner*, una versión resumida del periódico jamaicano *Daily Gleaner* que aparece en el sur de Londres, así como los anuncios clasificados sobre líneas aéreas, servicios de transferencias, ventas inmobiliarias en Jamaica y hospedaje para vacaciones muestran los lazos entre la diáspora y las islas.

Los planteamientos de estos autores, pese a recoger las observaciones de los críticos, revelan el reconocimiento de una diáspora caribeña y una manera de concebirla. Ambos se sitúan desde un mismo espacio de enunciación. El análisis de Goulburne parte de la experiencia de los habitantes del Caribe anglófono en Inglaterra, específicamente, los descendientes de los antiguos esclavos. Cohen amplía sus reflexiones a la población que se ha desplazado hacia los Estados Unidos, Inglaterra, Holanda y Francia, desde las islas anglófonas, francófonas y holandesas, limitando su estudio, sin embargo, a la población de afrodescendientes. El Caribe se circunscribe en sus trabajos a una de sus partes, la población de origen africano, y establece la siguiente analogía: diáspora del Caribe igual diáspora africana. La focalización de uno de los grupos raciales que integran la población de las islas tiene como consecuencia la borradura del resto de sus habitantes y, por ende, de sus potenciales comunidades fuera del archipiélago. Pese a que Goulburne afirma la existencia de una herencia transatlántica común compartida por gente de diversos orígenes y que Cohen hace referencia a la identidad híbrida de los caribeños, ambos autores caracterizan la región y, por consiguiente, a su diáspora, a partir del componente africano. Este reconocimiento de los descendientes de los antiguos esclavos, necesario en un momento determinado de la historia reciente de las islas, relativiza el papel que tienen los diferentes grupos étnicos en la composición poblacional de la región.

La reflexión, si bien busca disipar las dudas en torno a la existencia de la diáspora caribeña, parte de una definición del Caribe limitada a las islas anglófonas o a la población de origen africano excluyendo, entre estos últimos, a aquella que habita en Cuba, Puerto Rico y República Dominicana. Este acercamiento al estudio de la diáspora es un ejemplo de la visión fragmentada que ha impera-

do cuando se busca definir la región, legado colonial de cuya influencia pareciera difícil escapar, a pesar de la extensa y continua discusión sobre el tema a lo largo del siglo XX y de los intentos por parte de la academia de romper las barreras que mantienen separadas las islas en los viejos compartimientos coloniales. La limitación, empero, no invalida los aportes de ambos autores y llama la atención acerca de la dificultad de concebir una diáspora del Caribe de manera conjunta, inclusive por aquellos que afirman su existencia. Los argumentos contradictorios son el correlato de las perspectivas excluyentes que continúan presentándose cuando se intenta concebir la región como un todo. La llamada unidad en la diversidad, proclamada por intelectuales de las islas, parece ser más un deseo que un hecho concreto. El viejo problema de la definición del Caribe parece extensivo a sus diásporas.

Ciertamente, no puede negarse la fragmentación de la región como resultado del proceso de colonización por parte de los imperios europeos y el enfrentamiento entre ellos por el control y dominio del espacio (Bosch, 1995). Las barreras lingüísticas y culturales fueron el resultado inevitable de tal proceso histórico. Dentro de esos espacios aislados, el desarrollo de la sociedad colonial asumió características particulares en cada una de las islas. El nacimiento y consolidación de una clase criolla en el Caribe hispanohablante y el ausentismo de los dueños de las plantaciones en las islas anglófonas representan las dos formas extremas de cómo los colonizadores asumieron su presencia y el origen de sus diferencias: los grados de mestizaje, de sincretismo religioso, la organización social, económica y política de las colonias. Sin embargo, seguir mirando el archipiélago como si fuera las viejas parcelas imperiales, en lugar de concebirlo como un todo diverso, revela el peso que se le adjudica a la unidad en función de un espacio y una población homogéneos. El paradigma tradicional de la identidad sigue proyectando su sombra sobre la manera como es concebido el Caribe y ahora su diáspora. A esto se suma que el viejo sentimiento de desarraigo no ha desaparecido totalmente del imaginario insular. Las ínsulas son un espacio de tránsito donde, paradójicamente, se ha habitado por varios siglos. El lugar de origen está en otra parte. De allí el deseo real o imaginario del regreso a África, a la India, a Europa. La literatura de las diferentes islas ha dado amplia muestra de este sentimiento, transformándolo en tópico literario. Con base en este sentimiento de extranjería se argumenta que una comunidad que emigrara desde la región buscaría regresar a ese lugar lejano de donde sus antepasados partieron.

Las concepciones respecto al Caribe afloran entonces al momento de definir las diferentes poblaciones de antillanos en condición de diáspora. La región no es ciertamente homogénea. Sus habitantes no poseen una identidad racial ni cultural pura; como tampoco la poseen aquellos pueblos en los espacios ancestrales de la madre África, la India, o Europa, bajo los cuales se busca arropar a la diáspora caribeña. Los países de la región se encuentran, sin embargo, atra-

vesados por una historia compartida de colonialismo y por una de sus consecuencias más visibles, los procesos de hibridación cultural resultado de la unión, no exenta de conflicto, entre los distintos grupos. La densidad de estos aspectos puede variar, pero el resultado del proceso compartido resulta innegable³. Es sobre esta diferencia que los intelectuales han tratado de dibujar un Caribe cuya unidad encuentra fuerza en su diversidad. La frase emblema que busca caracterizar a la región podría, de igual manera, representar su diáspora. Pese a los diferentes lugares de partida, de las distintas sociedades de destino en donde se han establecido y de las identidades múltiples de sus emigrantes, sería posible, partiendo de esta cualidad de lo diverso, considerar la presencia de una diáspora del Caribe en las metrópolis de América y Europa. El uso del singular no debe confundirse con el deseo de definir estas comunidades como un bloque homogéneo, sólo señala su existencia.

La duda que pueda existir sobre la validez de denominar a esta población como diáspora caribeña debería borrarse, luego de un recorrido por la historia de migración de estas comunidades y su asentamiento en uno de sus destinos más frecuente, los Estados Unidos.

EL DESPLAZAMIENTO DE CARIBEÑOS EN EL SIGLO XIX

La migración de los habitantes del Caribe dentro y fuera del archipiélago se ha dado en diferentes momentos y con intensidad distinta. Ya en la época colonial comienza a manifestarse. Desde las islas anglófonas, los ingleses dueños de las plantaciones emigraban con sus esclavos a otras islas o al sur de los Estados Unidos; un gran número de la población esclava de las Carolinas y de Luisiana provenía del archipiélago (Bryce-Laporte, 1987). Luego, con la abolición de la trata de esclavos (1807) y de la esclavitud (1833), comienza la gran migración de los negros, quienes buscaban escapar de las nuevas formas de opresión que se imponían en la región y ejercer así su precaria y recién adquirida libertad. Durante esos años se da un desplazamiento dentro de la cuenca hacia la Guayana Británica y Trinidad, en especial a la primera donde se prometía no sólo mejores remuneraciones sino también la posesión potencial de la tierra. Una segunda ola migratoria surge a finales del siglo XIX, hacia Centroamérica y las islas del Caribe hispánico. La decisión del gobierno estadounidense de retomar el proyecto de la construcción de un canal en el istmo de Panamá produjo el desplazamiento de un

³ Empleamos el término hibridación siguiendo el uso que le da García Canclini (1990). El autor justifica en una nota al pie de la página 14, su escogencia y explica: "Prefiero este último [hibridación] porque abarca diversas mezclas interculturales –no sólo raciales a las que suele limitarse 'mestizaje'– y porque permite incluir las formas modernas de hibridación mejor que 'sincretismo', fórmula referida casi siempre a fusiones religiosas o de movimientos simbólicos tradicionales".

gran número de isleños de Jamaica, Barbados, Trinidad y las Antillas menores. En esos años, también hubo otros movimientos hacia Cuba y Costa Rica para trabajar en las plantaciones y centrales azucareros. Algunos antillanos regresan a las islas tras la experiencia laboral en aquellos lugares; otros toman nuevos rumbos, esta vez hacia los Estados Unidos (Chamberlain, 1997).

La migración desde las islas del Caribe hispanico comienza a hacerse visible a partir de la guerra de independencia, con el Grito de Lares en Puerto Rico y el Grito de Yara en Cuba, a finales del XIX. Es posible rastrear la presencia de estas comunidades en los Estados Unidos en las primeras décadas de mil ochocientos, cuando los terratenientes interesados en cambiar las políticas coloniales españolas emigraban a Nueva York. Ya para mediados y finales de ese siglo, la migración estaba conformada por la clase obrera en su mayoría, hombres y mujeres quienes, tras la abolición de la esclavitud –en Cuba 1886 y, en Puerto Rico 1873) y ante la escasez de trabajo en las islas, deciden ir en búsqueda de estabilidad laboral en las fábricas y en la industria del tabaco de esa ciudad. Esta migración no difiere mucho de la que ocurre en las islas del Caribe anglófono por motivos semejantes.

Durante ese tiempo, la ciudad estadounidense se convierte en el centro de los movimientos independentistas fuera del territorio insular. Es allí donde Martí organiza el Partido Revolucionario Cubano (PRC) y donde se consolida la idea de una identidad común a las islas, la antillanidad. El ideal se fue alimentando a través de la creación de periódicos y revistas en español como *La Doctrina de Martí*, *La Verdad*, *El Yara*, *El Porvenir*; clubes y grupos revolucionarios, entre ellos la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico creada en 1865. Esos espacios sirvieron no sólo para imaginar la construcción de la nación cubana y puertorriqueña o de una identidad antillana, contribuyeron por igual a la información y entretenimiento de los inmigrantes y su adaptación a la sociedad estadounidense. El idioma servía como vehículo de cohesión entre cubanos y puertorriqueños y facilitaba que periódicos y revistas editados en el exilio pudieran ser leídos en las islas, manteniendo los lazos de comunicación entre éstas y el continente (Barradas, 1998).

Nace así, en el siglo XIX, una comunidad de hispanocaribeños en los Estados Unidos. Eugenio María Hostos y Ramón Emeterio Betances promueven el sueño integracionista en las Antillas. Martí, por su parte, alienta la imagen de una Latinoamérica libre de cualquier ingerencia extranjera, incluyendo la norteamericana; ideales que repercuten en el pensamiento de los intelectuales y políticos de América Latina y el Caribe hasta el presente siglo. De igual manera, la migración de trabajadores va sentando las bases para lo que será el posterior desarrollo de las comunidades caribeñas en los Estados Unidos a lo largo de la centuria pasada.

LAS MIGRACIONES EN EL SIGLO XX

Los cambios políticos y económicos de finales del siglo XIX tras la guerra hispanoamericana influyeron en los desplazamientos desde las islas hacia el continente y en la formación de comunidades diferenciadas del Caribe hispánico dentro de su territorio. Los puertorriqueños emigraron en bloque a Nueva York, una vez que adquirieron la condición de ciudadanos estadounidenses. Para el momento de la Gran Depresión su número era de cuarenta y cinco mil (Reimers, 1987). Los cubanos se asentaron en distintas ciudades como Tampa, Key West y Nueva Orleans durante las primeras décadas del pasado siglo (Mirabal, 2001). En 1940, cerca de un sexto de la población negra de la Gran Manzana eran extranjeros y la mayoría provenían de las islas anglófonas (Bryce-Laporte, 1987).

El fin de la Segunda Guerra Mundial produce un cambio significativo. El desplazamiento de los caribeños hacia los Estados Unidos aumenta a partir de la década de los cincuenta y, especialmente, luego de la aprobación de la Immigration Act of 1965 que facilita la entrada de mano de obra calificada a ese país, debido a su carácter menos racista, selectivo y excluyente en comparación con las legislaciones anteriores de 1882 y 1952. Los caribeños de las Antillas anglófonas, si bien se habían desplazado hacia el Reino Unido al finalizar la guerra, comienzan a cambiar su rumbo y se dirigen como el resto de los habitantes de la región hacia Norteamérica, luego de que las leyes británicas restringieran la entrada de emigrantes con la implementación del Commonwealth Immigrants Act (Chaney, 1987).

Ciudades como Boston, Chicago y Washington acogen entonces a haitianos y trinitarios; Miami, a cubanos y bahameros; la mayor parte de las ciudades de la costa este, a puertorriqueños. Nueva York es el destino escogido por la mayoría, la última frontera para muchos caribeños de las diferentes islas quienes se establecen en las áreas de Harlem, Brookiyn, Long Island, Bronx, Queens, Yonkers, Jersey o Connecticut, dependiendo de la clase social, el momento de llegada y el lugar específico donde se ubica la comunidad a la que pertenecen (Bryce-Laporte, 1987).

Los puertorriqueños emigran en mayor número a partir de 1950, cuando la administración del presidente Truman y el gobierno de Muñoz Marín facilitaron la migración de la clase obrera (Grosfoguel y Georas, 2001). El desplazamiento desde la República Dominicana se inicia con la caída de la dictadura de Trujillo. Los emigrantes de esta isla se asentaron junto a las comunidades puertorriqueñas en la ciudad de Nueva York, específicamente en el Lower East Side, el South Bronx y Brookiyn. Durante la década de 1980, el flujo migratorio de los dominicanos creció considerablemente y organizaron su propia comunidad, lo que se conoce como Washington Heights o Quisqueya Heights. Los cubanos

que emigraron a esta metrópoli entre 1960 y 1980 se establecieron en Union City, New Jersey y llegaron de La Habana vía Miami, en los llamados "vuelos de la libertad". La mayoría era parte de una migración de trabajadores urbanos calificados. Durante esos años, se produjo una nueva oleada migratoria desde la isla, la llamada generación del Mariel que pertenecía más a las clases populares. Si bien la mayoría de los exiliados y emigrantes cubanos hace de Miami la capital de la diáspora, su presencia en Nueva York junto a los otros inmigrantes de la región contribuye a definir esta ciudad como la encrucijada donde se encuentran las diásporas de América Latina y el Caribe (Laó-Montes, 2001).

NUEVA YORK, ¿LA NUEVA ISLA DEL CARIBE?

Durante largo tiempo, las grandes metrópolis de Europa han sido los destinos escogidos por los caribeños cuando deciden emigrar fuera de las fronteras internas del archipiélago. La relación entre las viejas colonias y sus antiguas metrópolis imperiales es innegable. Londres se considera el destino natural de jamaquinos, barbadienses y trinitarios, como París de guadalupeños y martiniquenses, y Ámsterdam de bonarenses y curasoleños. Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XX, Nueva York se ha convertido en la ciudad donde confluyen un número representativo de inmigrantes de las diferentes comunidades del Caribe. En ella se concentra la mayor y diversa población del archipiélago, lo que hace que algunos la consideren, no sin cierto tono de exageración o de ironía, "la ciudad más grande del Caribe en el mundo". Dado que la migración desde las islas ha sido predominantemente urbana, no sorprende que la metrópoli haya sido el destino escogido por la mayoría, con excepción de los cubanos, cuya preferencia por Miami es indiscutible. Su condición de puerto principal de inmigración en el Atlántico y de entrada hacia el resto de los Estados Unidos, su fama de ser la ciudad menos hostil a las personas de color, de ofrecer mayor oferta y facilidades de trabajo, la convierten en la meca de quienes aspiran emigrar.

El intenso flujo bidireccional de personas, prácticas e ideologías entre las islas y el continente genera una dinámica particular que si bien comparten muchas de las poblaciones de emigrantes en el mundo, se intensifica, en este caso, dada la proximidad entre el país del norte y el Caribe. En consecuencia, se ha creado un sistema sociocultural transnacional, distintivo, que ha ayudado al acercamiento de las distintas comunidades de la región e impulsado nuevos procesos de hibridación, tanto en Nueva York como en las islas, lo que ha creado unas condiciones favorables que llevan a la afirmación de una identidad cultural diferenciada (Sutton, 1987).

Las diásporas del Caribe encuentran en esta metrópoli un espacio de convivencia y de reconocimiento. Las siguientes observaciones de Bryce-Laporte (1987) revelan el papel que juega la ciudad estadounidense en el surgimiento de una conciencia de región entre las diferentes comunidades:

With regard to the Caribbean immigrants, it may well be that New York City is now a norther frontier, or at least a pole in a circular migratory stream not only of bodies, but of their objects, ideas, and sentiments as well. There are signs that New York functions as a site of significant cultural and political contacts in which there occurs a coalescence, structural reformation, and fusion of Caribbean peoples of various persuasions, cultures, classes, and sub-regions who were apart, antagonistic, and even ignorant of each other at home. A Pan-Caribbean spirit is emerging in New York City, to some extent in Washington D.C. and in many other eastern seaboard cities.

[En lo que se refiere a los inmigrantes caribeños, puede decirse que Nueva York es ahora la frontera norte de la región, o al menos un punto en el circuito migratorio no sólo de personas, también de objetos, ideas y sentimientos. Hay signos de que la ciudad funciona como un lugar de encuentros significativos, culturales y políticos donde ocurre una reformulación estructural y una fusión de la gente caribeña que pertenece a diferentes culturas, clases y subregiones, quienes, en sus islas, se mantenían distantes y antagónicos, inclusive ignorantes de sus vecinos cercanos. Un espíritu pan-caribeño está emergiendo en Nueva York y asoma en otras ciudades de la costa este y en Washington D.C.].

La afirmación anterior revela los lazos que surgen entre las distintas comunidades del archipiélago. Algunos de los espacios de la ciudad se han convertido en verdaderos laboratorios culturales donde confluye gente de las diversas islas. Harlem, por ejemplo, ha sido un punto de intersección entre los afroamericanos y los isleños que han ido ocupando esta parte de la Gran Manzana desde finales del siglo XIX: barbadienses, cubanos, dominicanos, puertorriqueños, trinitarios. Basta recordar la importancia del llamado Renacimiento de Harlem entre cuyas figuras es posible destacar el nombre de caribeños como el puertorriqueño Arturo Schoumburg y el jamaquino Claude MacKay. Ello permite una mejor comprensión de cómo las identidades caribeñas se han articulado en dicha sociedad a través de las prácticas culturales, las interacciones sociales y los conflictos políticos del día a día (Burgos, 2001).

Por otra parte, los caribeños buscan mantener viva la imagen de la isla en el continente, pues el lugar habitado por los diferentes grupos en las ciudades receptoras se convierte en un apéndice del país de origen, un espacio donde preservar su cultura y sus costumbres. Las manifestaciones de este sentimiento son múltiples. Los murales de El Barrio, el sector de East Harlem habitado por los puertorriqueños por casi siete décadas, representan la afirmación de una identidad que hunde sus raíces en la ínsula y que proyecta su determinación de mantener viva una herencia cultural que lucha contra el olvido y clama, al mismo tiempo, por un lugar en la configuración de la ciudad. La bandera de una estrella,

los héroes revolucionarios de la isla o de la diáspora (los Young Lords de principios de la década del setenta) son algunos de los símbolos que cubren los muros de esta parte de la ciudad (Cardala Sánchez, 2001). No muy diferente son los intentos de los habitantes de Losaida por sobrevivir y limitar su espacio en el codiciado territorio del sur de Manhattan, para ofrecer arraigo a aquellos que han sufrido el proceso de desterritorialización, sean ciudadanos americanos puertorriqueños o inmigrantes de América Latina (Ševčenko, 2001). Las expresiones culturales son múltiples y diversas. La proliferación de restaurantes de comida típica de las islas es otro de los signos del crecimiento y expansión de los caribeños. El auge de los restaurantes cubanos en la ciudad, sus diferencias dependiendo del lugar donde estén ubicados y del público que los frecuentan, son un ejemplo de cómo las costumbres y tradiciones de la región han ido popularizándose e, inclusive, de cómo se han adaptado al gusto del consumidor local (Maya Knauer, 2001).

La relación y el apego a las islas del Caribe son evidentes. No es otro espacio el que alimenta el sueño o la fantasía del regreso. La recreación de un pedazo de las insulas en suelo continental es una muestra de que muchos de los inmigrantes no parecen haberlas abandonado de manera definitiva, pese a que la mayoría sólo regresan a ella de visita. Su inserción en la sociedad receptora reviste una cierta cualidad provisional. Es por ello que los estudiosos del fenómeno hablan del mito del retorno, como un rasgo de la experiencia migratoria de los caribeños, aspecto que los diferencia de otros grupos de emigrantes que no contemplaban el regreso. El éxodo del Caribe es, por tanto, diferente, pues si bien los emigrantes han buscado su integración dentro de la sociedad estadounidense e insisten en la lucha por sus derechos civiles, políticos y económicos, resisten la asimilación y buscan mantener los lazos con las islas y preservar sus identidades culturales (Chaney, 1987). Es el caso de la población dominicana asentada en Washington Heights que ha creado organizaciones políticas y sociales, entre cuyos logros se cuentan el reconocimiento de la doble nacionalidad por parte del estado dominicano y la formación de un distrito igualmente dominicano en la ciudad. Los partidos políticos de la isla son activos en el continente y tienen oficinas en el área y muchas de sus facciones locales buscan mantener los vínculos entre los habitantes de la diáspora y sus respectivos pueblos en República Dominicana, lo que sugiere que las principales formas de organización e identidad colectiva tienen sus raíces en Santo Domingo (Itzigsohn y Dore-Cabral, 2001); lo que demuestra la fortaleza de los lazos entre la isla y la comunidad en el suelo continental. La consolidación de estos grupos depende, como han señalado los estudiosos del tema, del desarrollo de una conciencia colectiva que tome en cuenta tanto la relación con el lugar de origen como aquella que se establece con la sociedad huésped. La articulación de tal conciencia se logra a partir de la acción diaria de los sujetos y del trabajo de intelectuales, líderes religiosos y políticos. Los diferentes colectivos de las islas han alcanzado esta meta.

DIÁSPORAS CARIBEÑAS, CONSTATAción DEL FENÓMENO SOCIAL

Esta exposición revela la fuerte tradición histórica de desplazamientos en el Caribe y el asentamiento de las distintas comunidades antillanas dentro y fuera de sus fronteras geográficas, el nacimiento y consolidación de unas diásporas que comenzaron, desde finales del siglo antepasado, a dejar constancia de su presencia en las grandes ciudades del este de los Estados Unidos, especialmente en Nueva York. La experiencia de cada uno de estos grupos de antillanos ha sido diferente, como distintas son cada una de las islas pese a tener raíces comunes: la colonia, el régimen de la plantación, la esclavitud. La historia de semejanzas y diferencias se repite, esta vez en las metrópolis del hemisferio norte: el momento de llegada, el lugar en que se asientan, la menor o mayor aceptación por parte de la sociedad receptora. La frase 'unidad en la diversidad' mantiene su vigencia en todo aquello que se refiera al Caribe, dentro o fuera de sus fronteras.

Las diásporas caribeñas miran las islas desde estos enclaves y establecen puentes que aseguran la relación entre el lugar de origen y la sociedad de destino. Como comenta Adrián Burgos, las personas que emigran no abandonan su propio espacio para sustituirlo por otro; por el contrario, viven en ambos, a veces de manera incómoda y en medio de cierta confusión, pero nunca con las distinciones absolutas que se observaban en el pasado (2001). Esta última aseveración enfatiza el papel que también tienen las sociedades receptoras en la conformación de estos grupos, pues se convierten en una zona de encuentro e intercambio entre aquellos que arriban y los oriundos de ese lugar. En el presente caso, el encuentro es doble, pues se produce no sólo entre los habitantes de las metrópolis y los caribeños, también entre las distintas comunidades que llegan a estas ciudades desde el archipiélago.

El complejo mundo del Caribe encuentra en la sociedad receptora el espacio donde mirar y reconocer su diversidad y, al mismo tiempo, donde interrogarse acerca de ella, pues la experiencia migratoria y la conformación de las diferentes diásporas antillanas cuestionan las nociones duras de ciudadanía, identidad étnica y racial, aspectos que tanto han marcado el discurso nacionalista, político o popular, dentro de la región (Martínez-San Miguel, 2003). La vieja pregunta, ¿quiénes somos?, adquiere nuevos significados para aquellos que viven en un desplazamiento continuo entre la isla y la sociedad receptora, en una guagua aérea cómo describiría acertadamente el escritor puertorriqueño Luis Rafael Sánchez (1994). El viaje frecuente enfatiza el peso específico que tiene el archipiélago en la vida de estas comunidades. Las islas se convirtieron, luego de quinientos años, en el lugar de origen de los descendientes de los antiguos amos y esclavos, el espacio que despierta la nostalgia por el regreso, así sea sólo por unas semanas de vacaciones; son ellas la piedra angular que sustenta

su identidad. Bautizar a estos grupos de antillanos con el nombre de diásporas caribeñas encuentra en tierra firme su justificación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- A.A.V.V. (2004), *Literatura dominicana en los Estados Unidos. Historia y trayectoria de la diáspora intelectual*, Fundación Global Democracia y Desarrollo, Santo Domingo.
- Barradas, E. (1998), *Partes de un todo. Ensayos y notas sobre la literatura puertorriqueña en los Estados Unidos*, Universidad de Puerto Rico, San Juan.
- Bosch, J. (1995), *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe frontera imperial*, Corripio, Santo Domingo.
- Boyarin, J. y Boyarin, D. (2002), *Powers of Diaspora. Two Essays of Relevance of Jewish Culture*, Minnesota: University of Minnesota Press.
- Bryce-Laporte, R. S. (1987), "New York City and the New Caribbean Migration: A Contextual Statement", C. R. Sutton y E. Chaney (eds.), *Caribbean Life in New York City: Sociocultural Dimensions*, New York: Center for Migration Studies of New York.
- Burgos Jr. A. (2001), "'The Latins from Manhattan'. Confronting Race and Building Community in Jim Crow Baseball", A. Laó-Montes y A. Dávila (eds.), *Mambo Montage. The Latinization of New York*, New York: Columbia University Press.
- Butler, K. (2001), "Defining Diaspora, Refining a Discourse", *Diaspora* 10, (2).
- Cardala Sánchez, E. y Tirado Avilés, A. (2001), "Ambiguous identities! The Affirmation of Puertorriqueñidad in the Community Murais of New York City", A. Laó-Montes y A. Dávila (eds.), *Mambo Montage. The Latinization of New York*, New York: Columbia University Press.
- Chamberlain, M. (1997), *Narratives of Exile and Return*, New York: St. Martin's Press.
- Chaney, E. (1987), "The Context of Caribbean Migration", C. R. Sutton and E. Chaney (eds.), *Caribbean Life in New York City: Sociocultural Dimensions*, New York: Center for Migration Studies of New York.
- Clifford, J. (1994), "Diasporas", *Cultural Anthropology*, 9, (3).
- Cohen, R. (1997), *Global Diasporas. An Introduction*, University of Washington Press, Seattle.
- Duany, J. (2002), *Puerto Rican Nation on the Move. Identities on the Island and in the United States*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

- García Canclini, N. (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México.
- Gilroy, P. (1993), *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*, Cambridge: Harvard University Press.
- Glissant, É. (2002), *Introducción a una poética de lo diverso*, Planeta, Barcelona.
- Goulburne, H. (2002), *Caribbean Transnacional Experience*, Sterling, London.
- Grosfoguel R. y Georas, C. S. (2001), "Latino Caribbean Diasporas in New York", A. Laó-Montes y A. Dávila (eds.), *Mambo Montage. The Latinization of New York*, New York: Columbia University Press.
- Hall, S. (1990), "Cultural Identity and Diaspora", *Identity, Community, culture, difference*, J. Rutherford (ed.), London: Lawrence & Wishart.
- Isaac, H. (1989), *Idols of the Tribe*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Itzighson, J. y Dore-Cabral, C. (2001), "The Manifold Character of Panethnicity: Latino Identities and Practices Among Dominicans in New York City", A. Laó-Montes y A. Dávila (eds.), *Mambo Montage. The Latinization of New York*, New York: Columbia University Press.
- Laó-Montes, A. (2001), "Introduction to *Mambo Montage: The Latinization of New York City*", A. Laó-Montes y A. Dávila (eds.), *Mambo Montage. The Latinization of New York*, New York: Columbia University Press.
- Martínez-San Miguel, Y. (2003), *Caribe Two Ways. Cultura de la migración en el Caribe insular hispano*, Callejón, San Juan de Puerto Rico.
- Maya Knauer, L. (2001), "Eating in Cuban", A. Laó-Montes y A. Dávila (eds.), *Mambo Montage. The Latinization of New York*, New York: Columbia University Press.
- Mirabal, N. R. (2001), "'No Country But the One We Must Fight For': The Emergence of an Antillean Nation and Community in New York City, 1860-1901", A. Laó-Montes y A. Dávila (eds.), *Mambo Montage. The Latinization of New York*, New York: Columbia University Press.
- Reimers, D. (1987), "New York City and Its People: An Historical Perspective up to World War II", C. R. Sutton y E. Chaney (eds.), *Caribbean Life in New York City*, New York: Center for Migration Studies of New York.
- Safran, W. (1991), "Diasporas in Modern Societies: Myth of Homeland and Return", *Diaspora* 1 (1).

- Sanchez, L. R. (1994), *La guagua aérea*, Cultural, San Juan, Puerto Rico.
- Santos, M. (2000), *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*, Ariel, Barcelona.
- Sheffer, G. (2003), *Diaspora Politics. At Home Abroad*, United Kingdom: Cambridge University Press.
- Sutton, C. (1987), "The Caribbeanization of New York City and the Emergence of a Transnational Socio-Cultural System", C. Sutton y E. Chaney (eds.), *Caribbean Life in New York City*, New York: Center for Migration Studies of New York.
- Ševčenko, L. (2001), "Making Loisada. Placing Puertorriqueñidad in Lower Manhattan", *Mambo Montage. The Latinization of New York*, edited by Agustín Laó-Montes and Arleen Dávila, New York: Columbia University Press.
- Tööllyan, K. (1991), "The Nation-State and Its Others: In Lieu of a Preface", *Diaspora*, 1, (1).
- (1996), "Rethinking Diaspora(s): Stateless Power in the Transnational Moment", *Diaspora*, 5, (1).
- Van Hear, N. (1998), *The mass exodus, dispersal, reagrouping of migrant communities*, Seattle: University of Washington Press.